

CAPÍTULO V.

La importancia de lo eterno por haberse hecho Dios medio para que lo consiguiésemos, y dejándonos en prendas de ello su sacratísimo cuerpo.

Otro grande motivo para tener estimacion de lo eterno y menosprecio de lo temporal es, que para conseguir aquello y desestimar esto se nos ha hecho el mismo Dios medio en el inopinable y tremendo Sacramento de su cuerpo y sangre, el cual instituyó para que nos sirviese de prenda de los bienes eternos; y así lo llama la Iglesia prenda de la gloria futura, y tambien para viático de esta vida temporal, para que pudiésemos pasarla sin el uso supérfluo de los bienes de ella, dándonosos á los cristianos este Pan divino en lugar del maná que se dió á los hebreos: y así como dimos principio á esta obra por la representacion del maná de los bienes temporales, que sirvió de viático al pueblo de Israel, así tambien la acabaremos con la virtud del santísimo Sacramento, prenda de los bienes eternos, el cual se da por Viático al pueblo cristiano para la peregrinacion de esta vida.

Sepa, pues, el cristiano, que importa tanto conseguir lo eterno, y que lo desea su Criador con tal extremo, que despues de haber hecho tan extraña fineza para esto, como haber encarnado por nosotros y padecido tan lastimosa pasion y muerte, ha añadido tal extremo de amor, como habérsenos dejado en el santísimo Sacramento para medio de nuestra salvacion. ¿Quién no ve aquí la infinita bondad de Dios, pues aquel que como Dios omnipotente es principio de todas las cosas, y como sumo bien de todos los bienes y perfectísimo en sí es fin último de ellas, se haya querido hacer tambien medio? Alábase el Señor en la sagrada Escritura con mucha razon de que es principio y fin de todo; porque esto es digno de su grandeza, y dice suma perfeccion, en la cual no tiene igual, pues por primer y principal principio de su ser no tienen otras criaturas sino á Dios, porque él solo es sumamente bueno y perfecto, y bienaventuranza eterna; pero el hacerse medio, que es cosa comun con las criaturas, y no dice perfeccion, fue suma dignacion y deseo de nuestro bien, y mas haciéndose medio para ser usado, y fiado del albedrio humano, y sujetado á la potestad del hombre. Los medios de nuestra salvacion se pueden considerar de parte de Dios y de parte del hombre; porque así Dios como el hombre han de obrar la salvacion del hombre. Pues que se sirviese Dios de sí mismo en la encarnacion y en la pasion para salvar al hombre, mucha voluntad y amor fue; pero al fin es Dios el que se sirvió y usó de una persona divina para el fin que pretendia de su gloria; pero que el hombre pueda usar por medio para su gloria del mismo Dios, esto es sin duda mas para maravillar. ; Gran maravilla que se haya igualado en esto Cristo con el agua,

y con el aceite, y con el bálsamo! Que así como los hombres pueden usar del agua en el Bautismo para justificarse, y del bálsamo en la Confirmacion para santificarse, y del aceite en la Extremauncion para purificarse; así puedan usar de Cristo en la Eucaristía para adquirir mayor gracia y crecer en santidad. De grande importancia es conseguir el hombre su último fin, pues para esto se hizo medio el mismo que es último fin. ; No sé á qué mas pueda llegar la inopinable bondad y caridad de Dios y deseo que tiene de nuestro bien! Conozca el hombre lo que le importa salvarse, y no repare en medio que le pueda ayudar para esto. No deje de mover piedra para cosa que le importa tanto, pues ve al mismo Dios que se quiso hacer medio de su salvacion, y se le dió á él por medio, sujetándose en esto al albedrio y voluntad humana. Mire cuánto importa lo eterno, y como no hemos de reparar para alcanzarlo en ninguna cosa temporal, pues no repara Dios para eso, ni aun en las eternas; y así es medio para que te salves ceder de tu honra, negar tus gustos, y dar tu hacienda á pobres. No repares en nada, pues Dios se te dió á tí sin reparar en su grandeza y ser, que vale mas que todo.

Dejémosos tambien en el santísimo Sacramento por prenda de la gloria y bienaventuranza eterna; porque como Cristo nuestro Redentor predicase en el mundo el desprecio de los bienes temporales para conseguir los eternos, y pronunciase aquella sentencia: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*, no diciendo solo *será*, sino *es*, dándonosos como de presente, convino que, pues no entraban desde luego á gozarle, se les hiciese alguna equivalencia, y recibiesen prenda de lo que habian comprado en el cielo con el precio de todos sus bienes de la tierra; y esta prenda es el santísimo cuerpo de nuestro Redentor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que es de mayor precio y estimacion que los mismos cielos: por lo cual bien se pueden despreciar los bienes caducos, pues nos dan en una pieza desde luego tal prenda de bienaventuranza eterna. Bien se pueden renunciar las riquezas perecederas y gustos de la naturaleza, pues nos dan el tesoro de la gracia.

Es tambien viático el santísimo Sacramento en esta miserable vida: para darnos á entender que es peregrinacion, que caminamos á lo eterno, y que no nos hemos de parar en lo temporal; y porque de los bienes presentes de esta vida no hemos de gozar, y de los futuros de la otra aun no podemos gozar, por eso para sufrir la renunciacion de aquellos y la esperanza de estos, se nos da entre tanto este admirable Sacramento por viático, para que se pueda el alma consolar en el tiempo de la ausencia de su patria celestial, andando peregrina en este valle de lágrimas, donde no es bien gusto de la tierra, pues hace su jornada al cielo. Consideremos qué tal es el fin á donde caminamos, pues se nos hace la costa del camino con bien tan precioso; y qué tales son los bienes de este mundo, pues porque no gustemos de ellos se nos da esta prenda del cielo.

Los israelitas tuvieron por viático de su peregrinación al maná, el cual les sirvió de suplir todas sus necesidades, pues fuera de serles de sustento, mientras se alimentaron de él no tuvieron otra necesidad; porque ni caían enfermos, ni se les rompían los vestidos; de suerte que el maná se les dió para que no echasen menos otra cosa. Todo esto era sola una sombra de nuestro divinísimo Viático, con el cual no tenemos que echar menos otra cosa, y podemos carecer de cualquier otro bien temporal mientras tenemos este bien divino.

§ II.

También es un fin principalísimo de esta institución de este admirable Sacramento ser memoria de la pasión del Hijo de Dios, que por sernos tan eficaz motivo para despreciar lo temporal, como hemos dicho, quiere que nunca nos olvidemos de ella; y así nos ha dejado su memoria de muchas maneras, que parece que en todas las cosas nos la está recordando (1). Por eso nos dejó impresas milagrosamente las señales de su pasión en la sábana santa, en la cual su cuerpo llagado fue envuelto cuando le bajaron de la cruz. También cuando la piadosa Verónica le ofreció su velo, estando cargado con la cruz, dejó dibujado en él su rostro sangriento; y como notó Lanspergio (2), señalados los dedos de una mano armada que le hirió con un bofetón. Asimismo en el lugar donde postrado delante del Padre oró en el huerto, sudando sangre, dejó grabados en una piedra sus piés, rodillas y manos. Y no lejos de allí está otra piedra, donde después de preso le derribaron en tierra los soldados, y dejó impresas las puntas de los dedos de los piés, manos y rodillas; de la cual piedra (3), como advierte Brocardo, no es posible raer nada, ni con hierro, para que quede mas perpétua esta memoria de su inefable mansedumbre y paciencia. De la misma manera por donde pasó el arroyo Cedron dejó otra señal de sus sacratísimos piés y de una soga con que le llevaban atado. Todo esto es argumento de cuán impresa quiere el Señor esté en nuestro corazón la memoria de su santísima pasión, pues de tantas maneras nos la dejó señalada hasta en las duras peñas, porque, fuera de lo dicho, se han hallado pintadas en varias piedras y jaspes las señales de la pasión. En un jaspe del Oriente se halló naturalmente figurado un rostro de Cristo, coronado con la corona de espinas muy lastimado. Andando cerca del mar el beato Luis Gonzaga halló en una piedra pequeña figuradas distintamente las cinco llagas de Cristo nuestro Salvador con gran gozo de su espíritu. Mas no solo en piedras, sino en otras muchas naturalezas, nos ha puesto varios

(1) Paleot. admir. hist. de Christi stigm. Adricom. 2 part. descrip. Hierus. num. 43.
(2) Lansper. homil. 19 de Passion. — (3) Andra. in decr. terræ sanctæ. Petrus de D. Anere Consil. Reg. Franc. lib. 5 in const. lib. 16 inscript. Faustus annuus.

retratos de la pasión y cruz, como notó san Anastasio Sinaita (1), y así en la flor de la granadilla nos grabó las señales de los clavos, de la columna y corona de espinas. En partiendo el fruto del árbol musa se ve luego una cruz grabada ó una imagen de Cristo crucificado. En los elementos también ha puesto las mismas señales, y al rey D. Alonso I de Portugal le mostró Cristo en el aire un escudo con las cinco llagas; y al emperador Constantino el principal instrumento de su pasión, que fue la cruz, la cual ha aparecido infinitas veces. ¡Qué mas regalada demostración de la memoria que quiere que tengamos de sus tormentos, que haber impreso sus cinco llagas á tantas personas siervas suyas? Porque fuera de san Francisco, que fue el mas favorecido en esto (2), recibieron semejante favor santa Lucía Ferrariense y santa Gertrudis. Á la bienaventurada santa Lucía le corrian sangre sus llagas todos los viernes. Á santa Gertrudis Beghina le manaba de la misma manera sangre siete veces al dia en el tiempo de la Semana Santa. Y ¿qué mas expresa memoria de la pasión de nuestro Redentor que el corazón de santa Clara de Monte Falco, en la cual hallaron la imagen de Cristo crucificado, y dibujada la columna, los azotes, la lanza y otros instrumentos de la pasión? Fuera nunca acabar, si hubiese de decir en cuántas partes y de cuántas maneras nos ha querido representar el Salvador del mundo su santísima muerte y pasión, para que siempre la tengamos presente y muy fija en nuestra memoria. Pero, sobre todo, donde hizo mayor demostración de esto fue en el santísimo Sacramento; porque este sacrosanto misterio es una representación viva de su sacratísima muerte, repitiéndose cada dia tantas veces cuantas se consagra en el mundo el sacrificio de su cuerpo y sangre, y la memoria de su pasión: lo cual fue una gran demostración de su infinito amor, porque fue darnos á entender que no una vez, sino millones de veces, quisiera morir por nosotros, y ya que no puede tornar á ser crucificado por el estado de su cuerpo glorioso, halló modo su infinita caridad de repetir incruenta é impasiblemente el sacrificio de la cruz y fruto de nuestra redención. Á esta grande voluntad de Dios ¿cuán grande agradecimiento debemos? Y ¿cómo podemos serle agradecidos, si nos olvidamos del beneficio de que él tanto quiere que nos acordemos por nuestra utilidad y provecho? No apartemos de nuestro pensamiento sus dolores, para que apartemos de nosotros nuestros gustos, y despreciemos á toda felicidad humana, pues al Señor del mundo vemos tan humillado.

Pero no solo es el santísimo Sacramento memoria de la pasión de Jesucristo, sino de la encarnación y obras maravillosas de Dios: por lo cual dijo David que hizo en esa comida de los que le temen una memoria de sus maravillas; porque no solo nos trae á la memoria lo que

(1) Anast. Sinaita in Hexam. — (2) Blos. lib. 15, cap. 3 Tritem. in Chroni. ad ann. 1500. Surlus, 13. Apr. Moscob. in vita S. Claræ.

Cristo hizo padeciendo por nosotros, sino lo que el Verbo eterno hizo encarnado por nuestro bien, anonadándose aquel Dios inmenso que toda la redondez de la tierra tiene solo por peana de sus piés, hasta encubrir su majestad infinita con la forma de siervo, y bajando para esto del cielo: de lo cual es muy acomodada representacion este divino Sacramento, pues en él baja tambien Dios del cielo, y ya encarnado y con cuerpo humano se encubre dentro de un poco de pan, donde está como anonadado y deshecho. Fuera de que así como nos dan en la Eucaristía á Cristo crucificado, así tambien nos dan en ella al Verbo encarnado; de suerte que estas dos grandes maravillas de Dios, de la encarnacion y de la pasion, se nos representan y como multiplican en el santísimo Sacramento, que fue un gran pensamiento de Dios, conforme á lo que dijo el profeta David (1): *Hicisteis, Señor, muchas á vuestras maravillas; y no hay quien os sea semejante en vuestros pensamientos.* Hizo muchas Dios á sus maravillas, esto es, á la pasion y encarnacion, repitiéndolas y como multiplicándolas en el santísimo Sacramento; lo cual fue un altísimo pensamiento del que es suma sabiduría, porque otro que él no lo pudiera pensar, que lo que es tan extraordinario, como ser sacrificado un Hijo de Dios, y bajar el Verbo eterno, haciéndose hombre, del cielo, se hiciese tan ordinario, como vemos que es el uso de este divino misterio. Mas no solo muchas hizo aquí Dios á las maravillas, pero grandes; por lo cual exclama el mismo David (2): *¡Cuán engrandecidas son vuestras obras, Señor! Muy profundos se han hecho vuestros pensamientos.* Aunque son tan grandes las obras de la encarnacion y pasion, con todo eso se han como engrandecido mas por este Sacramento; porque la grandeza de la obra de la encarnacion fue abatirse Dios á hacerse hombre, y de la pasion humillarse hasta morir: en este Sacramento se abate y humilla mas hasta hacerse comida, lo cual es menos que ser hombre, y morir, que es natural al hombre. Fuera de que el fruto general de la encarnacion y pasion se aplica en particular en este santísimo Sacramento, á quien le recibe, con un modo admirable. La pasion y muerte de Cristo grande obra de Dios fue en el monte Calvario; pero en este misterio vemos esta misma muerte, pasion y sacrificio con un modo incruento é impasible, que es de mayor maravilla, y muestra mas la grandeza del poder divino. La encarnacion tambien, cuando el Verbo eterno entró en el vientre de una doncella, grande obra de Dios fue; pero en este misterio en cierta manera se engrandeció y extendió, por lo cual se llama extension de la encarnacion, pues Dios nuestro Señor entra en el pecho de cada cristiano para unirle consigo.

Estas son las maravillas de la ley de gracia, de las cuales dijo al Se-

(1) Psal. xxx. Multa fecisti tu, Domine, mirabilia tua; et cogitationibus tuis non est qui similis sit tibi. — (2) Psalm. xix. Quam magnificata sunt opera tua, Domine! Nimis profundæ factæ sunt cogitationes tuæ.

ñor el profeta Isaías (1): *Cuando hicieres maravillas, no las soportaremos: descendiste, y á tu presencia se derritieron los montes. Desde la eternidad no oyeron, ni con los oidos percibieron, y el ojo no vió á Dios fuera de tí lo que preparaste para los que te aguardan.* Habla el Profeta de las obras maravillosas que se habian de ver cuando viniese el Mesías, que habian de ser tales, que jamás se hubiesen oido ni caido en el pensamiento, sino es solo á Dios; y así alegando este lugar el Apóstol, dice que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni cayó en el corazon de hombre lo que preparó Dios á los que le aman; pues sobre dos tan grandes maravillas, como encarnar y morir por nosotros, se da en comida á las almas que están en su gracia y le tienen amor, lo cual no puede caber en pensamiento alguno fuera del divino. Grande maravilla que solo Dios la pudo pensar, y fuera de Dios nadie; y así como solo Dios la puede estimar, así no hay hombre que la pueda agradecer, ni corazon humano que pueda soportar el peso de esta obligacion y la grandeza de amor divino que en esta maravilla de maravillas resplandece. Tertuliano dijo (2) que era intolerable la grandeza de algunos bienes, lo cual se verifica, segun el profeta Isaías, en este divino bien y beneficio, diciendo que no se puede tolerar. Por lo cual se llama en la sagrada Escritura el bien de Dios ó lo bueno de Dios, porque es un bien y beneficio que descubre mas claro que la luz del sol su infinita é inefable bondad, con pasmo y admiracion del corazon humano. Y así dijo el profeta Oseas (3): *Espantaránse del Señor y de su bien,* porque este divino beneficio espanta y hace pasmar á las almas de cuán bueno es el Señor, y de cuán grande es este bien que las comunica; lo cual todo va á parar para que desprecieemos todo otro bien de la tierra, y estimemos solo los del cielo que por este divino misterio conseguimos; porque para esto instituyó Cristo nuestro Redentor el santísimo Sacramento, para que despeguemos nuestro corazon de las cosas temporales, y pongamos todo nuestro afecto en las eternas, para lo cual tiene particular eficacia, y lo experimentará quien dignamente le recibiere.

§ III.

Para esto mire el alma que va á comulgar quién es el que entra en ella, y quién es ella que recibe á tan gran Señor. Acuértese con qué veneracion recibiria al Verbo eterno la sacratísima Virgen cuando entró en sus entrañas, y mire que es el mismo á quien el cristiano va á recibir en su pecho, y procure llegar con todo respeto, amor y agradecimiento, el cual debia tenerle mayor que le tuvo su santísima Madre, pues le debe ahora mas que entonces le debíamos, porque no le debió

(1) Isai. lxiv. — (2) Tertul. lib. de Patientia, c. 1. — (3) Osee, iii. Pauebunt ad Dominum, et ad bonum ejus.

entonces la Virgen ni los hombres las finezas que ahora le debemos de haber muerto por nosotros. Mire que va á recibir al mismo que está sentado á la diestra de Dios Padre, el que es supremo Señor de cielo y tierra, aquel á quien adoran los Ángeles, el que nos crió y redimió, el Juez de vivos y muertos, el que tiene infinita sabiduría, poder, hermosura y bondad. Si viera el alma á Jesucristo como le vió san Pablo cuando quedó ciego de su luz y claridad, ¿qué reverencia y pasmo le causaría? Sepa que no está menos glorioso en la hostia, y llegue á recibirle con tan gran reverencia como si le viera en el trono de su gloria. Con mucha razon dijo santa Teresa de Jesús á una alma devota, á la cual le apareció desde el cielo, que nos hubiésemos acá en la tierra con el santísimo Sacramento como allá se han en el cielo los bienaventurados con la Esencia divina, amándole y reverenciándole con todas nuestras potencias y fuerzas. Mira que es en persona el que viene á tí, aquel mismo Señor que quiso ser tan respetado en sus cosas, que porque Oza llegó con la mano al arca de su Testamento, le mató luego; y porque la miraron los betsamitas, murieron cincuenta mil de ellos. Tú no solo le miras y tocas, sino que le recibes y metes dentro de tus entrañas: mira con qué respeto debes llegar. Los Ángeles y Serafines tiemblan delante de su grandeza, los justos temen; tú tiembla, teme y adora á tan gran Señor. De solo estar junto á un Ángel quedó sin fuerzas san Juan, espantado de su hermosura y majestad; tú no vas á recibir á un Ángel en su aposento, sino al Señor de los Ángeles en tu pecho.

Allégase á la fineza de este beneficio y benignidad de nuestro Salvador, que no solo es grande por la grandeza de la persona que se da en él, sino por la pequeñez de quien le recibe. ¿Quién eres tú sino una vilísima criatura, compuesta de lodo, llena de miserias, de ignorancia, de flaqueza, de malicia? Pues si el Centurion se tuvo por indigno de que entrase Cristo en su casa, y san Pedro, aun cuando vió al Señor en vida mortal, no se halló digno de estar en su presencia, diciéndole: Apartaos, Señor, de mí, que soy hombre pecador; y san Juan Bautista no se juzgó que merecia llegar á la correa de su zapato, ¿cuánto mas indigno te debes juzgar tú de recibir al que está glorioso á la diestra de Dios Padre? Los Ángeles del cielo no se hallan limpios en su presencia; mira tú qué limpieza debes procurar para hospedarlo en tu pecho. Si un rey poderosísimo entrara á visitar en una chozuela vil á un pobre mendigo, ¿qué respeto y agradecimiento le tuviera este hombre? Mira que viene Dios, el Rey de reyes y Señor de los señores, á visitarte, no solo dentro de tu casa, sino dentro de tí mismo. Siete años se tardó Salomon en hacer un templo para poner el arca del Testamento; tú para hacerte templo de Dios ¿cómo no te preparas algun tiempo? Y si Noé se tardó cien años para hacer el arca en que se habia de salvar del diluvio; tú, para hacerte sagrario del Salvador del mundo, ¿por qué no gastas siquiera algun día y algunas horas? Mira tu vileza, y qué es lo que vas á hacer. Moisés para

hacer un arca para las tablas de la ley no solo escogió madera muy preciosa, sino que la cubrió toda de oro; tú, miserable y vil gusano, ¿cómo no te adornas y preparas para recibir al Señor de la ley?

Mira tambien á qué viene, que es á hacerte participante de su divinidad por la gracia que te comunica, viene á curar tus llagas y enfermedades, viene á remediar tus necesidades, viene á unirse contigo, viene á endiosarte. Mira aquí la infinidad de la bondad divina, pues así se derrama y comunica á sus criaturas; y mira lo que se te da aquí, y para qué se te da. Dásete á Dios para que seas divino y no de tierra. En otros beneficios te da Dios de sus dones; pero aquí se te hace don tuyo, para que seas todo suyo. Dásete el mismo Dios, para que tú te des todo á Dios. Si de haber venido el Hijo de Dios á las entrañas de la Virgen se colige el grande amor que tuvo á los hombres, pues por su causa hizo tal jornada, de tal extremo de grandeza á tal extremo de bajeza, como es encerrarse el Inmenso en el vientre de una doncella, mira tú lo que te ama á tí, pues por sustentarte en la vida de la gracia, hecho verdadero manjar de tu alma, viene de la diestra de Dios Padre á encarnarse en tu impurísimo pecho; viene tambien Jesucristo á hacerte un cuerpo consigo, para que con un modo admirable te unas con él, y seas participante, no solo de su espíritu, sino de su sangre. Lo que ha de causar esta consideracion en un pecho cristiano se podrá echar de ver por lo que causó otra menor en un corazon gentil. El emperador Antonino el Filósofo escribe (1) que solo por ser uno parte de este mundo debe estar quieto ó sosegado con cualquier acontecimiento de él, y no hacer cosa indigna de razon. Pues por ser parte de Cristo ¿qué debemos hacer nosotros? Dignas habian de ser nuestras obras, no solo de Ángeles, sino de hijos de Dios.

Ni es para enternecer poco el modo con que se te hace tan singular beneficio, porque es con singular amor, pues es queriendo Dios unirse contigo. Es en comida, para humillarse á cuanto pudo por tí; es atropellando las mas constantes leyes de la naturaleza, y haciendo mas prodigiosos milagros que hizo Moisés en Egipto, lo cual todo es una demostracion del infinito deseo con que pretende tu bien, pues no repara en cosa alguna. Dásete á tí Dios con el modo mas fácil para tí y mas costoso para Dios, porque se te da en comida. Es cosa natural al hombre comer, y muy sobrenatural que Dios sirva de manjar. Considere quien acaba de comulgar qué debe por tan inefable beneficio; haga cuenta que Cristo sentado en su corazon le dice lo que preguntó á los Apóstoles despues del lavatorio de los piés: ¿Sabes, alma, lo que he hecho contigo? sabes el don que te he dado? sabes la honra y favor que te he hecho? sabes lo que has recibido? sabes lo que tienes dentro de tí? Sabe que es tu Dios y Redentor. Sabe que es quien te desea todo

(1) Anton. lib. 1 et 2.

bien; y por eso séase agradecido, no queriendo bien de la tierra, sino al que es eterno y sumo bien.

CAPÍTULO VI.

Si se han de pedir á Dios cosas temporales, y como el blanco de nuestras oraciones deben ser los bienes eternos.

No se descubre tampoco pequeña diferencia entre lo temporal y eterno por el poco caso que hace Dios en conceder bienes temporales, y lo mucho que gusta le pidamos los eternos, por la estima que quiere tengamos de ellos; porque las cosas temporales las da algunas veces por castigo, las eternas siempre por tan grande merced, que si no es por los merecimientos infinitos de su Hijo, no las concediera. Por eso nos encarga el mismo Cristo que pidamos al Padre en su nombre, y que dará cuanto le pidiésemos por él, convidando también á sus discípulos que le pidiesen, pues hasta entonces no le habian pedido nada, siendo así que le habian pedido algunas cosas temporales. Pero porque lo temporal se debe estimar por nada, se dice que no ha pedido cosa quien solo ha pedido bienes temporales y ningunos eternos; y así la promesa de Cristo, de que concedería el Padre cuanto se pidiese en su nombre, se ha de entender de los bienes eternos de gracia y gloria. Mas lo temporal es tan poco, que no quiere se le pida por lo que ello es, ni en su nombre, ni promete que se concederá, porque en el acatamiento divino todo se reputa por nada, cuanto no conduce ni ayuda para salvarnos, y todo lo que no es pedir á Dios la salvacion eterna, ó en orden á ella, es pedir nada, y así dice san Agustín (1): *Este gozo se pedirá en nombre de Cristo, si entendemos la gracia divina, si pedimos la vida que es con verdad bienaventurada; y en cualquier otra cosa que se pidiere, nada se pide; no porque totalmente sea nada, sino porque en comparacion de una cosa tan grande cualquier otra cosa que se desear es nada.* De suerte que, segun san Agustín, aunque mil veces pidamos cosas temporales, nada se ha pedido á Dios nuestro Señor.

Por esta causa dudaron muchos sábios si se ha de pedir á Dios cosa temporal de este mundo. Diré primero lo que resolvieron en esta controversia los mejores filósofos, y luego responderé lo que enseñan los teólogos. Marco Aurelio, en nombre de muchos filósofos, dice (2) que no se ha de pedir bien temporal, sino que antes se habia de hacer oracion para no hacer caso ni desear cosa de esta vida; y así responde con este

(1) Aug. tr. 102 in Joan. Hoc gaudium in nomine Christi petendum, si divinam intelligimus gratiam, si vitam vere beatam; quidquid autem aliud petitur, nihil petitur, non quia nulla omnino res est, sed quia tantæ rei comparatione, quidquid aliud petitur, nihil est. — (2) Marc. Aurel. lib. 9.

discreto discurso, y para ser digno de un cristiano no le falta sino en lugar de dioses reconocer un Dios solamente; sus palabras son estas: *¿Ó pueden algo los dioses, ó no? Si no pueden, ¿por qué oras? Y si pueden, ¿por qué no pides primero que te den que no temas ni desees ninguna de estas cosas de la tierra, ni te pene mas porque te falten sus bienes que porque los poseas? Porque si pueden ayudar á los hombres, en esto también lo podrán hacer. Dirás acaso que Dios te puso estas cosas en tu potestad: es así; pero dime: ¿no es mejor que de las cosas que están en tu albedrío uses con libertad, que solicitarte y afligirte por las cosas que no están en tu mano, con un ánimo esclavo y abatido? Y ¿quién te dijo que los dioses en las cosas que nos están sujetas no nos pueden dar su ayuda? Empieza, pues, á orar por estas cosas, y verás lo que pasa. Si uno pide alcanzar alguna mujer, tú pide que ni te pase por el pensamiento tal deseo; otro pide ser aliviado con alguna cosa, tú pide que no tengas necesidad de alivio; otro ruega que no pierda á su hijo, tú ora que no temas esto. Haz, pues, en esta forma tus oraciones, y verás lo que te sucede.* De suerte que lo que siente este filósofo es, que no se ha de pedir á Dios cosas temporales, sino el buen uso de ellas, que es la virtud. Oigamos también lo que dijo el mejor de los filósofos morales, Sócrates, el cual, como refiere santo Tomás (1), juzgaba que no se ha de pedir nada á Dios, sino que nos diera cosas buenas, porque solamente sabe Dios lo que es provechoso á cada uno; mas nosotros por la mayor parte deseamos y pedimos tales cosas, que fuera mejor no alcanzarlas. Estas sentencias aprueba santo Tomás y los demás teólogos en cuanto á hacer oracion por cosas temporales, de las cuales podemos usar mal; y así concluye el angélico Doctor que no se ha de pedir determinadamente bien alguno temporal, sino solo las cosas espirituales y eternas: estas son las que absolutamente se deben y pueden pedir, no lo temporal, sino en cuanto ayuda y sirve á lo eterno, y en segundo lugar, y solo lo suficiente.

Lo cierto es que es muy agradable oracion la que se hace á Dios solo por los bienes eternos, sin tener respeto á bien ni comodidad de la tierra. Esta oracion da muy suave olor á Dios, como aquella tan celebrada varilla ó pebete de odorifera exhalacion que se admira en los Cantares (2), compuesta de aromas, incienso y mirra, que sube derecha al cielo; y así dice san Jerónimo (3): *Que la oracion se dice esta varilla de humo oloroso, porque mientras pide solamente las cosas del cielo, sube derecha allá de tal manera, que no se inclina á pedir las cosas de la tierra.* Bien se echa de ver lo poco que gusta el Señor de estas peticiones de la tierra por la respuesta que dió cuando la mujer del Zebedeo le pidió para sus dos hijos la honra de estar uno sentado á la mano de-

(1) S. Thom. 2, 2, q. 83, art. 5. — (2) Cant. iii. — (3) S. Hier. Oratio virgula fumi dicitur; quia dum sola cælestia postulat, sic recta progreditur, ut ad terrena appetenda minime reflectatur.